

ENTREVISTA

LUIS MIGUEL DE DIOS • PERIODISTA Y ESCRITOR

«NO SE PUEDE DAR POR PERDIDA LA RIQUEZA DEL MUNDO RURAL»

DAVID CASILLAS

Tras muchos años al pie constante de la actualidad, urgido por el acelerado ritmo que impone el devenir del día a día en la profesión, el veterano periodista zamorano Luis Miguel de Dios ha aprovechado su entrada en un periodo más relajado de su vida para estrenarse en el mundo de la literatura con la publicación de un libro de relatos con el que rinde un homenaje sentido y coherente al mundo rural, una docena de cuentos en los que se descubre que sabe muy bien de lo que habla y que además lo hace con cariño y emoción, un valor añadido que en este caso resulta fundamental para el disfrute de una escritura de calidad. *El llanto del trigo* es el título de ese libro, una lectura intensa, amena y llena de sensaciones y de matices que calan hondo en el lector, un trabajo que presenta esta tarde en la Librería Letras (paseo de San Roque), a partir de las ocho de la tarde.

El llanto del trigo, ha elegido un título muy explícito para resumir el contenido y el espíritu de su primer libro.

Sí, eso es lo que pretendí. El trigo es un símbolo básico de la agricultura, sobre todo de la zona ce-realista de Castilla y León, y esa palabra ya resume un poco por donde van los tiros; y luego añado lo del llanto, porque evidentemente el libro tiene un componente un poco de nostalgia, de tristeza, también de contar que en los pueblos han pasado muchas cosas y hay muchos problemas. Y toda esa realidad es la que he intentado resumirla en el título.

Además de contar una realidad, ¿ha querido también hacer una reivindicación de un mundo en declive que no nos conviene olvidar?

Claro, porque el mundo rural no está perdido del todo, hay algunas cosas que sí han desaparecido y otras que no, y por éstas que hay que seguir luchando hasta el final. Entiendo que en las últimas décadas se ha sido muy injusto con todo lo rural, e incluso lo era la acepción que tenía lo de rural o lo rústico en el diccionario de la RAE, pero ese mundo no está perdido en absoluto. No sabemos qué nos puede deparar el futuro, pero si somos tan tontos como para tirar siglos de civilización, de un lenguaje riquísimo, de una forma singular de entender el mundo, la verdad es que habremos perdido gran parte del pasado y gran parte de nuestras raíces.

¿Por qué un libro de cuentos en vez de una novela?

La elección no fue deliberada. La verdad es que una novela es un proceso más complicado, y este libro es fruto de algo que nació hace muchos años: tienes una idea y la plasmas, y luego otro día tienes



Luis Miguel de Dios, con el libro 'El llanto del trigo'. / ICAL

«No podemos tirar siglos de civilización, de un lenguaje riquísimo de una forma singular de entender el mundo»

«En algunas cosas hay que dar un puñetazo sobre la mesa y decir que ya no hay que esperar más»

otra y haces lo mismo, te van surgiendo temas por las cosas que vas viendo, porque tienes los ojos abiertos y los poros de la piel también, y los vas escribiendo. De repente te surge la idea de intentar publicarlo, haces una recopilación y te das cuenta de que hay una temática diversa, que unos son más tristes y otros más alegres, y los reúnes a todos. Pero lo cierto es que no ha habido una idea deliberada de decir que vas a hacer eso así, que no voy a hacer una novela; de hecho he empezado a escribir una novela, y me está costando bastante porque es un proyecto ambicioso y exige mucho.

A pesar de tratar en ocasiones temas muy duros nunca falta el humor en sus cuentos, ¿considera que es un ingrediente necesario, incluso para entender mejor la tristeza?

Así es, y tampoco hay que olvi-

dar que en el campo castellano hay mucho sentido del humor y que es muy particular. Yo me criado en un ambiente donde estaba todo eso que hay en el libro, los nombres raros, esos motes tan atinados para describir a una persona que son verdaderos editoriales, esos problemas de la gente que se marchaba y la que volvía de Madrid hablando de otra manera; por eso no puede obviarse esa sorna, esa ironía, ese sarcasmo que hay en los pueblos, incluso en las situaciones más duras, para tener una segunda lectura de la realidad a través del doble sentido de las palabras, de la frase tapada que se sobreentiende. En la zona en la que me crié y donde vivo hay mucha guasa, a veces estás hablando con la gente del pueblo y si hay alguien de fuera puede que no se entere de qué va la conversación porque estás diciendo justamente lo contrario de lo que

quieres decir como una forma de expresarse.

En esa forma de entender y vivir la vida en los pueblos hay también mucha filosofía, mucha sabiduría.

Así es, y por eso insisto en que toda esa riqueza no se puede dar por perdida, hay que luchar hasta el final por todo eso; la gran pena del lenguaje, tal y como escuché decir muchas veces a Delibes, es que los chavales de ahora aprenden a hablar de la televisión y no de los abuelos, y entonces toda esa guasa, esa forma tan nuestra y tan inteligente de entender el mundo, de explicarlo del derecho y del revés, está desapareciendo, y eso no deberíamos permitirlo. El lenguaje tiene una riqueza tremenda que sería tonto y absurdo si lo dejásemos perder.

¿Estamos a tiempo de salvarlo o se ha perdido demasiado?

Se ha perdido demasiado, pero todavía no hay que perder la esperanza, hay que intentarlo por todos los medios. Hay gente que de alguna manera, aunque viva fuera, está valorando mucho eso por ser hijo o nieto de gente que vivió en el campo, y yo creo que eso es una llama de esperanza. Hay gente, aunque no sea mucha, que se está preocupando por todo esto, que le gusta. Uno de los problemas más duros para los pueblos es la despoblación y el envejecimiento, y en el último

consejo de presidentes de comunidades autónomas una de las cosas que acordaron fue crear una comisión que estudie ese problema, algo es algo.

¿Qué es lo primero que hay que hacer para parar esa sangría poblacional y cultural?

Creo que para intentar salvar ese mundo lo primero que hay que hacer es valorarlo, intentar ser conscientes del peligro y de la situación, algo que hasta ahora no se había hecho, no había diagnóstico. La gente se iba de los pueblos, dejaba de hacer una serie de cosas y se veía como algo normal esa muerte anunciada; volviendo a Delibes, recuerdo qué ya advertía que con ese comportamiento estábamos enterrando una forma de entender el mundo y un lenguaje riquísimo sin cantarle ni siquiera el funeral, sin decir que se había muerto. Por eso primero hay que ser conscientes de ello y después en algunas cosas hay que dar un puñetazo en la mesa y decir que ya no hay que esperar más, que no podemos entretenernos en lo urgente cuando esto es lo realmente necesario y básico, porque si aquí se desertizan comarcas enteras en unos años no habrá posibilidad de recuperarlo, y habremos perdido muchísimas cosas, desde la producción de alimentos hasta lo más rico que ha dado esta tierra nuestra, que es el lenguaje y el idioma.